

## LA LIBERACIÓN A TRAVÉS DE LA POESÍA

Miquel de Palol

**La poesía y la vida.** *Las rimas son parte fundamental de la literatura. Ahora y siempre. Es un placer y al mismo tiempo un oasis para la mente. Un oasis de descanso y de paz en medio del mundo caótico que nos rodea y nos oprime.*

Vivimos en un tiempo extraño. La falta de continuidad en el espacio virtual del diálogo entre estamentos sociales y la falta de prolongación en el tiempo de la transmisión de tradiciones nos convierte en homúnculos sin tierra bajo los pies, sin la ilusión del pacto social, que era más ilusorio que real pero que al fin y al cabo permitía expandirse en la idea de que no todo era la implacable brutalidad de las razones materiales. Vivimos de hecho en el mundo anterior al pacto social de la Revolución Industrial, a la Declaración Universal de los Derechos Humanos, pero ahora con el inconveniente de que el ruido de fondo es tan fuerte y lo ha invadido todo hasta el punto de que ya no se puede volver a creer en un valor liberador.

¿Ninguno? diríamos, como en la primera página de los *Astérix*. No hay nada con menos crédito que aquello que ya ha sido pronunciado y que, al margen de que haya sido efectivo o no, sobre ello se cierna el sentimiento general de que no interesa a nadie. A menudo, sin embargo, dicho sentimiento no es tan general como parece, y la profusión de grietas en el mundo, la misma que nos lleva a la idea de que ya no se arraigan los valores, que la única tradición es la de las finanzas, ahora juega a nuestro favor y nos descubre que aún quedan mundos en los que el sentimiento no es un anzuelo más de alienación, sino que es una luz de las disciplinas del espíritu.

En una de estas grietas metafóricas encontramos el libro de poemas *El Olor de tu Nombre* (Huerga & Fierro Editores) de la poeta y también artista plástica Marga Clark, un libro en el que la autora despliega su yo poético en consonancia con la memoria de su tía Marga Gil Roësset, escultora fallecida a principios de los años 30, a los veinticuatro años. La poeta no la llegó a conocer, pero tanto por su obra como por las circunstancias de su muerte – que no sería frívolo sino más bien, no del todo exacto, calificar de romántica- ejerce sobre ella una fascinación emocional. Dicha fascinación no está exenta de aquellas pulsiones identificadoras que de forma inconsciente desata la familia -la poeta actual lleva el nombre de pila de la escultora desaparecida-, y que en la mayoría de los mortales cristalizan en neurosis o no cristalizan en nada, pero que en los poetas, como en este caso, cristalizan en poesía.

Tales operaciones identificadoras presentan una tradición tan larga como la propia historia del mito, es decir, de la capacidad de convertir un recuerdo en arquetipo, con el cual te puedes vestir a ti mismo, lo puedes utilizar como quien utiliza una armadura, una máscara que, paradójicamente, no sirve para ocultar, sino que frente al conocedor de las reglas del juego, sirve para mostrarse a uno mismo con más profundidad y con más precisión que de ningún otro modo.

Con un sentido de justicia histórica, pero también empujada por el extraño, desprotegido amor, que nos inspiran los héroes desconocidos y al mismo tiempo cercanos, los gloriosos vencidos al fin y al cabo, los vencedores en la autodestrucción, Marga Clark no se viste ni de Némesis ni de Pentesilea, sino de Marga Gil, y desarrolla un apasionado discurso poético en el que la metáfora articula las imágenes, que son su primera materia formal. El

libro empieza con una declaración de principios: *Amanezco, vuelo./soy ala sin rostro / luz sin sombra / aliento solitario / rumor sin esperanza (...)*. A partir de aquí la espina dorsal del libro figura en segunda persona: *Tu despertar fue húmedo / radiante / inevitable*.

A pesar de que la identificación rara vez sobrepasa los límites del realismo poético (*Entonces no tenías nombre, / eras toda aire y armonía. / Ahora eres la hiedra / que se enreda en mi memoria*), los anhelos de identificación son poderosos (*Hoy me siento fuerte en mi desaliento(...)* *Hoy moriré otra vez*), y casi en forma de variaciones se producen diversas figuras, como por ejemplo alteraciones (*Yo.../ con lo infinito./ / Con el mar, el amor,/ la soledad y la muerte./ / Tú.../ con las cosas / que todavía siguen / su acontecer*) y premoniciones, cuyo carácter retórico es un reto para el lector: *Sé que regresarás en lo más blanco del día, / desnuda y limpia / como el alba*.

El libro culmina acogiéndose a una de las tradiciones más poderosas de la mística, utilizada no sólo por católicos y protestantes, sino también por todas las retóricas espirituales, hasta el Islam y el Budismo: el deseo de muerte como culminación del estado que corresponde a cada situación: la visión de Dios, la fusión con lo absoluto...Incluso en un mundo materialista, la muerte es algo bueno, al ser la liberación de las penas de la vida, y llegados aquí se evidencia la ambigüedad polivalente – y trascendente- de los versos de Marga Clark *También yo muero,/ también...*” y a continuación :”*Abrázame fuerte/Ob muerte! Infúndeme fuerza, / valor/ que no puedo morir sin tu consuelo*”.

Un consuelo liberador para la inteligencia, pero también para los sentimientos en tiempos oscuros.